

Douglas BLACKBURN, *Un Quijote bóer*, comienzo del «Capítulo I»

Traducido por Juan Antonio Castán Abán
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN A LA OBRA Y AL AUTOR

En 1903 se publicaba en Sudáfrica una novela muy especial titulada: *A Burgher Quixote*, de Douglas Blackburn (1857-1929), que, como su propio nombre evidencia, se instala bajo la confortable sombra del inmortal caballero de La Mancha. Blackburn fue un periodista británico que cubrió como corresponsal la Guerra de los Bóers, para más tarde afincarse en el país, conocerlo bien y quererlo. En su obra, además, supo retratar tanto la visión británica de la nación, como la afrikáner o bóer, lo que le honra. Esta novela suya, por otra parte, parece estar escrita en inglés, pero no se trata de un dato cierto del todo. En realidad, Blackburn inauguró toda una corriente literaria que daría más tarde frutos brillantísimos, por parte de la Sudáfrica de habla y redacción inglesa, por combinar lengua inglesa con cadencia, fraseología, estructuras y léxico afrikaans, la lengua criolla holandesa de la nación, la única indoeuropea, a su nivel, originada en África. Es decir, una corriente literaria sustentada en una interlingua y una intercultura que la singularizan hasta convertirla en única. Por otra parte, su protagonista, Sarel Erasmus, se torna, por voluntad de su autor, en un nuevo Don Quijote, a la hora de darnos a conocer sus desventuras en los años difíciles de la sangrienta Guerra de los Bóers. Es decir: un texto o tipología textual muy conocida: novela caballeresca paródica, novela episódica, novela moderna, transportada a un contexto cultural y etnográfico totalmente distinto por lengua, manera de ser y tiempo. Todo un brillante desafío de intertextualidad cervantinas y contrastes pragmáticos. *A Burgher Quixote*, como la mayor parte de la literatura de Sudáfrica en sus varias lenguas, con la excepción de los premios nobeles Nadine Gordimer y Michael Coetzee y alguno más, es una novela totalmente desconocida en español, nunca traducida. Por ello, nos ha parecido acertado ofrecer este primer avance que supone toda una oportunidad para presentar, dar a conocer y difundir la existencia de tal novela africana y héroes herederos del genio cervantino.

CAPÍTULO I

Donde se muestran los comienzos de la familia Erasmus, y mis razones y disposición para mi misión.

No fue sino tras una larga y profunda deliberación que me he decidido, con valor y honradez, a añadir mi nombre completo y distrito de procedencia a esta fidedigna historia de las luchas en pos de la rectitud del que, una vez, fuera un honrado ciudadano bóer de la extinta República de Sudáfrica, junto con un relato detallado de las tentaciones que le asaltaban por influencia de ingeniosos y cultivados truhanes, y que finalmente le llevaron a su ocaso.

Desde que se introdujeran diversos periódicos en el país, he visto, tanto como persona particular, como en calidad de fiscal del estado, cuán grande es el perjuicio que emana de personas que escriben graves acusaciones sin consignar sus nombres y distritos, causando a menudo de este modo que estas personas se conviertan en sospechosas, basándose en la sola razón de que son capaces de leer y escribir, una razón perfectamente justificante hace unos pocos años, pero difícilmente admisible en un tribunal de justicia a día de hoy, cuando es imposible entrar en una granja, incluso en los distritos más remotos, sin ver cuentas o carteles colgados en las paredes, aguardando el momento en el que un vecino que sepa leer pase por allí. No hace tanto tiempo, lo habrían guardado hasta el *Nachtmaal* (Eucaristía) trimestral, cuando el *predikant* tendría que interpretarlo.

Pero no es sólo que desprecie al hombre que escribiría algo que no se atreve a decir que es suyo. Sostengo, además, que tal como ningún hombre tiene el derecho de predicar a no ser que sea un *predikant* cualificado –por lo cual se observará que no tengo arte ni parte en la Iglesia *Dopper* (calvinista afrikáner)– y, por esto, un hombre que se yergue entre sus congéneres y habla o escribe sobre ellos debería justificar su derecho a hacerlo; y esto lo afirmo sin temor a equivocarme, puesto que como fiscal del estado de la villa de Prinsloosdorp, una vez recaudador del impuesto de vacunación y placer del mercado, he estado situado en la posición más favorable para conocer esa faceta del carácter de mis antiguos paisanos, la cual no están deseosos de que sea revelada.

Acerca de mi formación no necesito decir nada más que esto, que mucho antes de que ocupase ningún cargo público yo ya era muy conocido por mi erudición, y siempre que me internaba con mi carreta en algún distrito, incluso en el Estado Libre de Orange, mi fama como lector de epístolas difíciles en lenguas *taal* (o del pueblo), holandesa e inglesa y en particular citas judiciales y documentos legales era tan grande que tan pronto como se extendiera el rumor por los alrededores, de que Sarel Erasmus estaba de paso, los granjeros venían en mi búsqueda desde millas a la redonda, trayéndome cartas para que las leyera, o citas judiciales para que les asesorara, hasta tal punto que uno podía pensar que el funcionario de vacunación del gobierno estaba haciendo su visita de mediados de año. Apenas necesito recordar a nadie que suela leer que soy el autor de la famosa vida de mi difunto suegro, Piet Prinsloo de Prinsloosdorp.

Parece incluso, ahora de paso, extraño para mi discernimiento que un Erasmus deba sentirse en la obligación de explicar al mundo quién es antes de empezar a hablar de sus actividades. Hubo un tiempo, y no fue hace muchos años, en el que mi padre y yo, cuando cabalgábamos hacia cualquier distrito, no teníamos ninguna necesidad de indicar nuestros nombres; pero tan vasta se ha hecho la población de este país, que un ciudadano puede estar excusado por no reconocer con

inmediatez a qué rama de la familia Erasmus pertenece un Sarel; y temo que esta ignorancia se acrecentará, ahora que tantos forasteros han llegado a estas tierras quienes ni siquiera conocen el apellido, y mucho menos reconocen la gran semejanza que compartimos con nuestro común ancestro. Esto era lo que acaecía cuando llegué a Maritzburg como prisionero de guerra.

–¿Qué nombre dijo usted?– preguntó el funcionario británico que me recibió.

–Sarel Erasmus –.

–¿Cómo se deletrea?– fue su sorprendente respuesta.

–Señor, –respondí con gran dignidad– soy el descendiente de ese Erasmus que tradujo el Nuevo Testamento griego por primera vez y os enseñó a vosotros ingleses la religión verdadera–.

–Lo lamento pero no tengo el placer de conocer a ese caballero– dijo con aire altanero, el estúpido individuo mostrando su completa ignorancia del hecho de que ese Erasmus vivió hace casi quinientos años, y tuve que pronunciarlo varias veces e incluso transcribirlo antes de que lo pudiese identificar.

Esto me recuerda otra de las buenas razones que han pesado en mi mente a la hora de decidirme a contar mi atípica y patética historia.

Es un reproche habitual entre los ingleses el de afirmar que nosotros los bóers del Transvaal somos unos ignorantes. Y cuando escucho esto de boca del algún culto inglés yo siempre le respondo “*tu quoque*”, lo cual, a pesar de lo culto que se supone que es, entiende raras veces, sino que más bien piensa que es *taal*, es decir, nuestra lengua propia, o lo que él en su ignorancia denomina “holandés”. Sin ningún deseo de parecer tendencioso o descortés, la verdad con la cual estoy comprometido me compele a decir que los ingleses están ridículamente desinformados sobre Sudáfrica, y que la reciente guerra ha demostrado esto hasta un punto que me ha asombrado. Cuán común es, por ejemplo, encontrar faltas de ortografía en los nombres sudafricanos en los periódicos ingleses, faltas que no las cometería ni siquiera un escolar bóer. Aunque se supone que la geografía se aprende en los colegios británicos, pocos funcionarios sabían qué significaban palabras como ‘*kopjie*’, ‘*drift*’, ‘*vlei*’, o ‘*krantz*’, es decir: ‘colina’, ‘vado’, ‘valle’ y ‘corona’, y esto a pesar del hecho de que estos nombres abundan en el mapa de Sudáfrica.

No soy uno de esos que se mofa de los ingleses por no ser capaces de pronunciar nuestro *taal*, ni siquiera me río cuando los oigo hablar de estar “en el *veld* (sabana)”, palabra esta última que pronuncian de manera tan rara (‘feld’). La razón por la que no me río es que veo en esto un gran y providencial designio y significado. La incapacidad de los ingleses de pronunciar la *g*, la *d* y la *v* con propiedad es hereditaria, como ocurre con la palabra ‘*shibboleth*’, la cual los efraimitas de la Biblia no eran capaces de pronunciar, para permitirnos reconocer a nuestros enemigos naturales; puesto que muchos *Rooineks* (cuellos rojos) –como nosotros los llamamos despectivamente– especialmente los escoceses, aprenden el *taal* tan rápido, que si no fuese porque tropiezan con esas palabras mucho tiempo después, muchos bóers se sentirían engañados y no se darían cuenta de que estaban teniendo tratos con un *Rooinek*, a los que denominamos así por el color del cuello de sus uniformes militares británicos, y quizá así perderían la ocasión de aprovecharse de ellos.